

Sebastián Fenoy

A propósito de «Tristana»: dos cuestiones sobre el amor

1. Breve introducción:

Con el presente artículo pretendemos hacernos eco de uno de los motivos más recurrentes en la bibliografía zambrana; a saber: Galdós y sus personajes Nina, Fortunata o Tristana -que en el presente escrito será el punto de arranque- ocupan un lugar destacado en la imaginería zambrana. No olvidemos que la novela también es para Zambrano «fuente de conocimiento» -en este sentido baste citar, a modo de ejemplo, el capítulo *El querer*, de *Pensamiento y poesía en la vida española*-, y que a su juicio la novela galdosiana cumple ejemplarmente ese cometido.

La temática de fondo también es, a mi modo de ver, de primer orden; si se quiere investigar temas tan importantes en el pensamiento de nuestra autora como el «método», o la «objetividad», el «conocimiento» en definitiva, hay que parar mientes irremisiblemente en el amor. Así no es de extrañar que sean múltiples las referencias implícitas a puntos concretos de la filosofía de la pensadora veleña: la «luz», el «lugar natural», la «libertad», etc. Pero sobre todo el «misticismo»: la ausencia de proyecto personal -la «desnudez»- y la vuelta a la «unidad originaria» -al «único dueño»-, dos momentos en el

camino del místico, también aparecen aquí en el amor entre Tristana y Horacio; aunque, claro está, de diferente modo y en diferente medida.

Hay que decir, finalmente, que tanto el amor, como especialmente los abundantes artículos y monográficos que Zambrano dedicó a Galdós, por motivos que no son difíciles de imaginar, aún no han recibido de los estudiosos la atención que merecen. Si modestamente con las presentes notas -las primeras son meramente descriptivas, las segundas buscan apuntar un par de aspectos «conflictivos»: la incompreensión de la «imagen del amor» y el «nacimiento de la conciencia»- podemos sembrar la inquietud y contribuir con ello a corregir este desequilibrio, nos daremos por más que satisfechos.

2. A propósito de Tristana:

«Tristana [...], una tarde en uno de esos paseos que daba acompañada de Saturna, se encontró frente a él en el mismo instante en que él se encontró frente a ella. Pues que se conocieron de ese modo puro y sin más, sin anuncio alguno, sin aviso [...] Se vieron solamente, se miraron con la mirada del amor que es la sola que ve un instante único compartido»¹.

Verse a sí mismo en otro, y al otro en sí

Notas:

¹ *La España de Galdós*, pág. 177.

mismo; he aquí, en esencia, lo característico de la mirada del enamoramiento. Estar frente a frente, en un único instante compartido, completamente compartido; como si de un espejo se tratase. Zambrano cuenta que en Oriente es tradición religiosa y social que los prometidos, antes de la celebración del desposorio, y sin haberse visto antes, entren en el templo para verse en un espejo que refleje «en superficie las solas imágenes de los dos, el uno al lado del otro cuando todavía no lo estaban»². Aparece así ante los prometidos enamorados, por un instante, una reveladora imagen nupcial, la imagen del «encuentro».

Un medio como el del citado espejo -pero también el de cualquier otro que refleje nuestra silueta, el agua por ejemplo- se nos antoja especialmente «diáfano», menos «perecedero», más «alejado» del trajín vital cotidiano, «impasible» podría decirse; es en este sentido en el que le otorgamos ciertos tintes «reflexivos», «objetivos», «trascendentes». Pues bien, no otra cosa es el objeto de nuestro enamoramiento que ese espejo en el cual mirarnos desde una cierta distancia.

Mas dicha «distancia», dicha «permanencia», dicha «claridad cristalina» -adjetivos todos ellos del gusto zambrano- permite la existencia de una mirada privilegiada donde las haya. Una mirada que es sede de revelación: la mirada de Tristana al conocer a Horacio; breve -un solo instante, como corresponde a cualquier revelación- y directa -sin reflexión que medie, no ha lugar a las modificaciones de la inteligencia-

tal es la contemplación propia del enamoramiento. Una contemplación que nos retrotrae a la «unidad originaria»³, donde aún no había tenido lugar la caída en la historia, ni la abstracción que le es connatural. De ahí que -tal y como ya se ha apuntado- las meras explicaciones de la inteligencia aquí no sean operativas.

Son momentos en que se desiste de cualquier tipo de autonomía, de perseveración individual en el ser. Hay un total «desinterés» - «Los sentidos dejan de ser aves de presa y la inteligencia no se atrinchera en los conceptos y los juicios»⁴-, una absoluta ausencia de cualquier proyecto personal -«como si no existiesen más frutos que el árbol de la vida»-.

En completa «desnudez» se pasa a formar parte de un todo «sincrónico» donde «todo fluye». Y las «cosas mundanas» parecen permanecer al margen, alejadas -«Al margen del mundo (Tristana y Horacio) buscan los lugares apartados entre la ciudad y la campiña, donde cada cosa parece ser la primera que se haya edificado jamás»⁵-. Ya no hay propietarios ni propiedades, hay sí un único dueño al cual parece volverse.

«Mas la pareja de enamorados, aquí Tristana y Horacio, quieren adueñarse de su destino, de sí mismos, de su amor; quieren poseer, realizar»⁶. Y este afán de perseverar en su propia individualidad, en sus diferencias, acaba irremisiblemente con cualquier resquicio de amor; que, como ya dijimos, es en esencia renuncia a la

Notas:

² *La España de Galdós*, pág. 177.

³ Al hilo de estas últimas frases se podrían llevar a colación reflexiones zambranianas sobre el «lugar natural». En este sentido encontramos referencias, generales y concretas, al menos en dos monográficos: *Notas de un método*, *Claros del bosque*.

⁴ *La España de Galdós*, pág. 177. Cabe hacer aquí una alusión a la «libertad», o su ausencia. Consúltense en este sentido *Dos fragmentos sobre el amor*, pág. 83-88 y en *Andalucía sueño y verdad*. A lo largo del presente artículo las conexiones que se establecerán serán múltiples; no podía ser otro modo dada la centralidad del tema y la brevedad de nuestro trabajo.

⁵ *La España de Galdós*, pág. 184. Podría resultar altamente aleccionador comparar las aserciones sobre el amor apuntadas en *La España de Galdós* -un amor «mundano», permitaseme la expresión- con los trabajos zambranianos sobre San Juan de la Cruz y la mística en general.

⁶ *La España de Galdós*, pág. 184.

autonomía individual. «Aquí Tristana y Horacio» dice Zambrano, pero al parecer la inmensa mayoría de los que se dicen enamorados acaban apostando por este solitario perseverar. En *Dos fragmentos sobre el amor* nos describe el amor como un empedernido viajero: reposa en un determinado objeto, descubre la «incompletud» del mismo y lo abandona. La «imagen abstracta» que el amor forja puede ayudar a que este sea más duradero -a soportar mejor «la vida de lo que se ama»- y a que, en consecuencia, la mentada tendencia lo sea menos. Así, por ejemplo, la Dulcinea de don Quijote, o la Beatriz de Dante, o tantos otros ejemplos a lo largo de la historia de la literatura.

3. Cuestiones sobre el amor:

Y es que la imagen⁷ que el amor genera es, antes que nada, «abstracta», «esquemática», «casi una cifra o un número»; pero es además, también, «pura» porque a diferencia de la imagen propia habitual, la percibimos como si nos viniera de un lugar «lejano», «invisible». Así, María Zambrano la describirá en los siguientes términos: cifra sí, pero «cifra de lo inaccesible»; imagen sí, pero con una peculiaridad, es «imagen enigmática». Nos encontramos así con una situación un tanto dramática: el amor que tropieza siempre con la resistencia de lo amado, siempre es en su mayor parte ignoto. «¿Habría de ser siempre así, todo lo que se ame, jeroglífico, cifra sagrada e incomprensible?. No habría de existir un género de amor que no tropezara con

la resistencia de lo amado; un amor en el cual, entender o querer se acrecienta con el amor mismo y llegue a ser la misma cosa entender y amar; amar y entender -se pregunta nuestra autora-»⁸

Mas atender con denodado afán no hace sino complicar aun más la situación añadiendo confusión; ya que la atención exige cierto grado de abstracción. Y, por tanto, rompe la comunicación directa y espontánea existente con el objeto amado -«la simpatía»-. Ese «paisaje entrevisto al despertar, y la persona ajena cuando todavía no sabíamos lo que nos atrae y hasta nosotros mismos, nuestra alma cuando la dejamos salir [...] Cobra luz de primavera, clara»⁹, que ahora pierde. Queda solo la acción del pensamiento -la atención de la conciencia- que descubre su propia estructura apriorística.

Por otra parte -y lo que es más importante en el pensamiento de nuestra autora-, merced a su naturaleza intermedia y mediadora, el amor tiene acceso a «ese centro oscuro de luz viviente»¹⁰, yendo y viniendo entre las tinieblas y la luz, siguiendo las pautas marcadas en el camino entre una y otra. «Allá -abajo- en 'los profundos', en los ínferos -nos dice Zambrano- el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo. Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge».¹¹

Y este tránsito constante -«Camino», «ir y venir», método en definitiva- es consecuencia de un anhelo de transcendencia, de una aspiración a ir más allá de todo proyecto. Pero este «ir más allá» tiene como obligada consecuencia el abandonar, «des-hacer toda consistencia». Mas para-

Notas:

⁷ No podemos extendernos aquí en disgresiones sobre la «imagen del amor» -la «imagen menos imagen», pero en cualquier caso inseparable del amor; hasta el punto que «el amor se descubre en la imagen que es capaz de crear»- que resultarían sin duda pertinentes e interesantes. Para una mayor profundización en este punto nos remitimos a las págs. 23-33 de *Delirio y destino*.

⁸ *Delirio y destino*; pág. 31.

⁹ La luz del amor -*La España de Galdós*, págs. 168, 181/183- es sin duda la luz auroral.

¹⁰ *La España de Galdós*, pág. 181.

¹¹ *Claros del Bosque*, pág. 31.

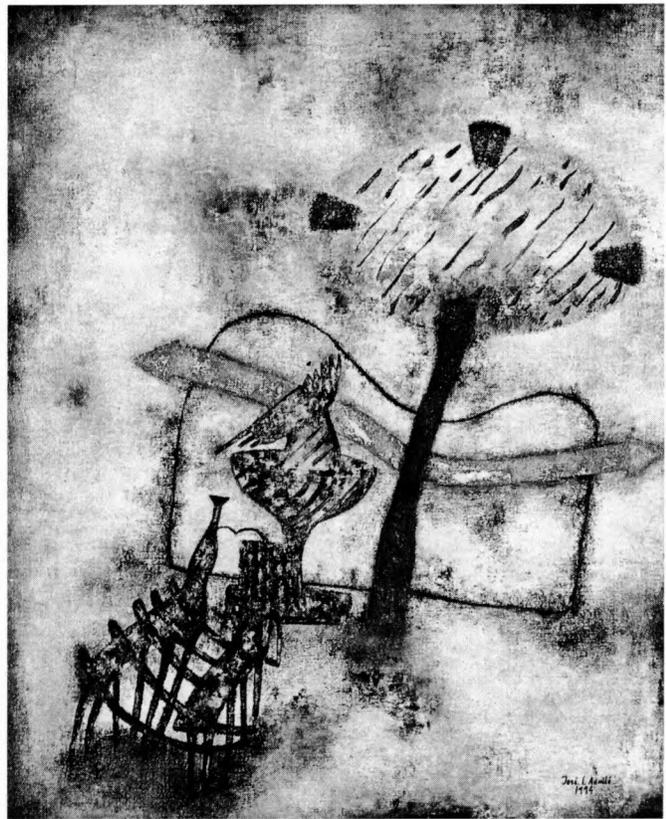
dójicamente la conciencia -cuya «atención extrema» antes habíamos repudiado como única vía de acceso al objeto amado- resulta ser consecuencia de esta labor «destructora» del amor. «Al mostrar la inanidad de todo aquello en que se fija»¹² -al amor- crea un «vacío» que permite al alma «ver sus límites»; lo cual constituye el «embrión» sobre el cual se constituirá la conciencia.

Escolio:

«Ir hacia el otro sin gesto y sin ofrenda, tan sólo manteniéndose en la misma verdad de estar aquí, sabiéndose tan poca cosa, habiéndose visto, desde la falta de recursos».¹³

He aquí la indeleble enseñanza que la filosofía dio a la veinteañera María Zambrano Alarcón, y que creemos ha orientado su creación filosófica. El saberse «pobre» -«desnuda»-, y desde esa pobreza dirigirse al prójimo sabiéndolo igualmente pobre. Tratar al otro sin temor ni vanidad, dirigiéndose hacia su corazón con todas las implicaciones que ello tiene en la filosofía de nuestra autora; y hacer otro tanto con las cosas: «ir directamente hacia su corazón».

Pudiera parecer lo más normal, pero ¿cuántos pueden decir que han mantenido un solo instante de su vida esa actitud?.



José Luis Aguiló
Comienzo de la Primavera, 1994

Notas:

¹² *Dos fragmentos sobre el amor* en "Andalucía, sueño y verdad", pág. 89.

¹³ *Delirio y destino*, pág. 22.